

Baron piensas casarte?

—¿Qué me falta para ello?  
¿No son mis ojos bastante  
Para que pueda mi frente  
Con su corona igualarse?  
¿No soy hermosa?

—Eso sí.

—Oh! y no porque yo me alabe,  
Pero si encuentra otra Rosa,  
No digo yo en todo el valle,  
Sino en la corte, en España,  
Si la encuentra... que se case."

Y así diciendo, á un espejo  
De reojo contemplándose,  
Desplegaba una sonrisa  
Que diera envidia á los ángeles.  
Viala la pobre vieja  
Sin que apenas la bastasen  
Para darla entero crédito  
Ni su acción ni su lenguaje.

Rosa en tanto, alta la frente,  
Los ojos de una á otra parte  
Inquietos y desdenosos,  
Altivos los ademanes  
Despreciando hosca y soberbia  
Cuanto en torno suyo trae,  
La majestad ensayaba  
Que es forzoso que acompañe  
A quien ha de ver un día  
Sus vasallos humillarse,  
Y hacer á la plebe grupos  
Para verla cuando pase.

Después de largo silencio  
Que duró por ambas partes,  
Cuanto bastó á su esperanza  
Para alzar torres al aire,  
Y amasar en sus adentros  
Tan rápidas novedades,  
A Rosa para engreirse,  
A la otra para asombrarse;  
Asiéronse de la caja,  
Y dando vuelta á la llave  
Atónitas empezaron  
A gustar las realidades.  
Allí ricos brazaletes  
Y diademas y collares,  
Allí amatistas y perlas,  
Cornalinas y corales;  
Probarónse los anillos,  
Las pulseras de brillantes:  
No quedó nada por verse  
Ni nada por admirarse;  
Todo pareció á propósito  
Hecho para aquel instante;  
Toda era espléndido y rico,  
Nada pequeño ni grande.  
"Esta guirnalda, decían,  
Para el día en que te cases.  
—Si, el collar por la mañana,  
La diadema por la tarde.  
—¿Linda estarás!

—Ya vereis

La vez primera que baje

A visitar á mi pueblo.

—Hechicera!

—¿Oh admirable!

—Y qué dirán esas moñas  
De hidalgullas?

—Dejad que hablen.

Ya me besarán la mano.

—Eso sí, por mas que rabien

—Se arañarán por un dije

Si yo se le regalase.

—Mal hicieras.

—Ah, ni un hilo

Para esas villanas, madre!"

Aquí llegaban gozosas

Cuando oyeron en la calle

Un caballo que en la plaza

Entraba á resuelto escape:

Paróse á su misma puerta,

Sintióse después el grave

Rechinar de los portones

"¿El es!

—¿Quién?

—Don Bustos.

—Vaya!

—Pronto! Salid á alumbrarle.

Mandad que el potro le tengan,

Que le piensen y descansen."

Y asiendo la lamparilla

Temiendo que el tiempo falte,

Fuése hácia la puerta Rosa

Que hasta la escalera sale;

Pero antes que al picaporte

La linda mano llegase

Abriéronla por de fuera,

Y con pena de hija y madre

Entró cubierto de lodo,

Sangrientos los acicates

Y armado hasta los bigotes

Su pariente Pedro Ibañez.

Quedó estúpida la vieja;

Tornóle Rosa el semblante,

Y él tendiéndolas los brazos

Dijo: "yo soy, abrazadme."

Dejó la luz la muchacha,

Y del mozo retirándose,

Replicóle: "Bien venido:

Pero has llegado muy tarde."

Asentados en silencio

En derredor de la mesa

Están Ibañez y Rosa,

El triste, y mohina ella.

Rosa los ojos clavados

En el techo, airada muestra

El disgusto con que á Ibañez

En aquel punto contempla:

Y en vano del bello mozo

La vaga mirada inquieta

Las miradas de la ingrata

Porque se encuentren acecha.

En vano tras de la lámpara

Se ampara en la sombra negra,

Y la ocasion esperando  
Los ojos le reverberan.  
En vano sobre el asiento  
Se revuelve y se impacienta,  
Haciendo á cada postura  
Que rechine la madera;  
En vano desenlazando  
Del almete las correas,  
Sacudió como al descuido  
De la gola entrambas piezas;  
En vano al salir la espada  
Tropezó con las espuelas,  
Y retumbó el aposento  
En rápido son de guerra.  
Rosa ni por reprenderle  
Ni por saludarle atenta,  
Sobre el mancebo los ojos  
Bajó un instante siquiera.  
De la habitacion en torno  
De uno á otro objeto los lleva,  
Cual si fuese inventariando  
Todos cuantos hay en ella.  
Viga á viga midió el techo,  
Liston á liston la estera,  
Contó al parecer los vidrios  
De la alcoba y de las puertas,  
Los pliegues de su cintura,  
Las rayas que hay en la mesa  
Y las líneas que sus manos  
Por ambos lados presentan.  
Escuchó el silbar del cierzo  
Que revuelve la veleta,  
El rumor de los que pasan,  
La bulla de las hogueras.  
Todo lo que no es Ibañez  
Parece que la interesa,  
Hasta el son con que la lámpara  
Húmeda chiporrotea.  
Pero el mozo allí se está  
Y arrobado la contempla,  
Y dos lágrimas de fuego  
Por las mejillas le ruedan.  
Cansado ya de esperar,  
Y desesperado de ella,  
Díjola con voz tan blanda  
Que contestaran las piedras:  
"¿Qué es aquesto, vida mia?  
Rosa, ¿qué mudanza es esta?  
Tú al partirme me llorabas  
¿Y te enojas con mi vuelta?"  
Rosa callando seguia,  
Y él siguió de esta manera:  
"Héme aquí que vuelvo honrado,  
Mas tal vez que lo merezca,  
Amigo de los valientes,  
Querido en la corte mesma.  
Pensé merecerte ahora,  
Y he conseguido licencias  
Para casarme contigo  
Y alejarme de la guerra."  
Rosa callando seguia  
Como á quien oir le pesa,  
Dando entre las blancas manos

A los ceñidores vueltas.  
Ibañez, apenas dueño  
De su rebelde paciencia,  
Entre ofendido y colérico  
Aguardaba una respuesta,  
Hasta que viendo que Rosa  
Toda agotársela intenta,  
Con sordo acento la dijo  
Zelosos ojos tendiéndola:  
"Si las nuevas que hube tuyas  
Cuerdo estimase por ciertas,  
Vive Dios que no tornara,  
Rosa ingrata, para verlas.  
Si pensara yo que imbécil  
El oro te enloqueciera,  
Trajera cuanto mi lanza  
Para los cobardes deja:  
Y si que ansiabas supiese  
Honras de vana nobleza,  
Prendiera yo al condestable,  
Y conde ó marques volviera.  
Pero yo te quise, Rosa,  
Aunque altiva no opulenta,  
Y pensé que por valiente  
Simple hidalgo me quisieras."  
Rosa á este punto dejando  
El sillón en que se sienta,  
Díjole: "Ibañez, dejemos  
Semejantes controversias:  
Si te quise y no te quiero...  
—¿Por Dios vivo! . . . .

—Ten la lengua

Mañana mismo me caso,  
Y por súplica postrera  
Espero que de este pueblo  
Partas esta noche mesma.  
Seré inconstante, traidora,  
Liviana . . . cuanto tú quieras  
Pero lo tengo pensado  
Y estoy, Ibañez, resuelta.  
—Pero . . . .

—Tu empeño es inútil

Mi voluntad es aquesta.

—Y tus votos . . . .

—Fueron falsos

—Y tus caricias . . . .

—Quimeras.

—Y tantos años perdidos  
En ilusiones risueñas!  
Tantos sudores y afanes,  
Tantos peligros por ella!  
¿Virgen santa! yo deliro.  
¿Qué infernal vision es esta?  
Porque á juzgarla posible  
Tanto tiempo no viviera."

Y así Ibañez exclamando  
Se asía de las melenas  
Desenajando los ojos  
Como á quien sueños aquejan.  
Rosa, la luz en la mano  
Caminando hácia la puerta,  
Miraba el dolor de Ibañez  
Con expresiva impaciencia.

En esto en el aposento  
La faz amante risueña,  
El ferruero forrado  
De blanca y crugiente seda,  
Dorado estoque, y de plumas  
Linda gorra en la cabeza,  
Entró don Bustos Ramirez  
En apostura altanera:  
"Linda Rosa..." dijo: y viendo  
A Ibañez que le contempla  
Con ojos entumecidos  
Tornó la vista severa.  
Rosa apresurada dijo:  
"Es un pariente que llega  
De la ciudad." Y don Bustos  
Prosiguió así: "Norabuena.  
Seais, hidalgo, bien venido:  
Asistireis á la fiesta,  
Y recibirán mis bodas  
Honra con vuestra presencia."  
Tendió al soldado la mano,  
Y él sin mirar lo que hiciera,  
Con el recio guantelete  
La suya al baron presenta.  
La asió don Bustos y dijo:  
"A no saberlo, creyera  
Que fuera en vez de amistad  
De reto esta mano prenda."  
Miróle Ibañez un punto,  
Y en insondable reserva  
Velando el gesto, repuso:  
"Tomadla como os convenga."  
Y tornando las espaldas  
Tomó á oscuras la escalera.

De brindis y carcajadas  
Estrepitoso rumor  
Se levanta de don Bustos  
En un inmenso salon.  
Alúmbrenle mil bujías  
Suspensas en derredor,  
Entre guirnalda de flores  
Que hábil mano entrelazó.  
Vistiéronle de tapices  
Esquisitos en valor,  
Y cubriéronle de alfombras,  
De un califá regio don.  
En ricos aparadores  
Remeda la luz del sol  
Vajilla espléndida de oro  
De magnífico primor.  
Rueda el cristal por la mesa,  
Y en no interrumpido son,  
Gotea de vaso en vaso  
Dulce y sabroso licor.  
La fiesta es libre, opulenta,  
Porque pródigo el baron  
A todo el pueblo de Rosa  
Bodega y festin abrió.  
Es cierto que á los principios  
El respeto á su señor,

Conteniendo á los vasallos,  
Las lenguas les refrenó.  
Mas al fin, de los manjares  
El succulento vapor  
La libertad y la audacia  
A los villanos volvió.  
Alzaron desordenados  
Una voz sobre otra voz,  
Un brindis sobre otro brindis:  
Crecia la confusion,  
Aumentábase el tumulto,  
Y con discorde el amor  
Cruzaban de una á otra punta  
Osada conversacion.  
Ocupaban los hidalgos  
En la parte superior  
Escanos de terciopelo  
Casi á los piés del baron.  
Y este mas alto con Rosa  
Usaba otro aparador  
Bajo un dosel de brocado,  
Do se ostenta su blason.  
Pajes le sirven: doncellas  
Le escancian el licor,  
Y el contento les atiza  
La insolencia del bufon.  
Al testero de la mesa,  
Y en preferente sillón,  
Está el capellan sentado,  
Y síguete luego en pos  
El ilustre ayuntamiento  
En gregüescos y en jubón.  
Enfrente entre otros hidalgos,  
En ademan pensador,  
Se ve al serio Pedro Ibañez,  
Que bocado no gustó.  
Hinchados tiene los ojos,  
Los cabellos sin olor,  
La espada y la daga al cinto,  
Y el duelo en el corazón.  
El resto ocupan sin orden  
Los que de Busto á la voz  
El mejor sitio encontraron  
Al entrar en el salon.  
Los que en aquel no cupieron  
Acomodarlos mandó  
En otra mesa tendida  
En un largo corredor,  
Y allí gritan y disputan,  
Harta apenas su ambicion,  
Con los sabrosos manjares  
Que devoran sin temor.  
Toda la fiesta es tumulto,  
Todo murmullo el salon,  
Todo embriaguez y locura  
Los vasallos y el señor;  
Y á pesar de los secretos  
Con que á la conversacion  
Dan impulso las mujeres  
Murmurando á media voz,  
Rosa está linda, hechicera,  
Como jamás se mostró  
Caprichosa su hermosura

Vertiendo gracias y amor.  
Mirándose está en sus ojos  
El fortunado baron,  
Olvidando ante su amada  
Cuanto hasta entonces gozó;  
Y ella radiante de orgullo  
Alimenta en su ilusion  
Los hechizos que le embriagan.  
Con estudiado primor.  
Con lujosos atavíos  
Astuta se engalanó,  
Que acrecientan el deseo  
Del turbado corazón.  
Guirnalda de blancas perlas  
A sus cabellos ciñó;  
Escotado hasta los pechos,  
Bordado de oro el jubon,  
El cuello de márfil orla  
Collar de bajo color,  
Del que pende de brillantes  
La señal de redencion;  
Y están sus brazos desnudos,  
Cuyo brillo tentador  
Ostenta en sus movimientos  
Esquisita perfeccion.  
Don Bustos, á quien anima  
La eficacia del licor,  
Decia en son de mandato,  
Fuerza añadiendo á la voz:  
"Agotadme las bodegas,  
Que si dejais, ¡vive Dios!  
Una gota, habeis de hacerme  
De todo restitucion.  
A eso os llamé á mi castillo  
Y á mis fiestas, que si no  
Conforme me caso solo  
Gozara solo."  
—Al rumor  
De estrepitosos aplausos  
Estremeciése el salon,  
Y por sobre el ronco ruido  
Así don Bustos siguió:  
"¡Eh! don Pedro, mi pariente,  
Capitan, ¿qué os haceis vos?  
¿Estáis enfermo, ó acaso  
Os dijo algun impostor  
Que el mayordomo envidioso  
Mis cubas envenenó?  
Si tal pensais, os ofrezco  
Completa satisfaccion.  
Y á propósito..."  
—Así hablando  
Su inmensa copa apuró.  
Tornaron las carcajadas,  
Los aplausos, y el baron  
Encarado aun con Ibañez,  
En voz de mofa siguió:  
"Puesto que vos no habeis hecho  
A mis venenos honor,  
Os encargo que si muero  
Me enterreis como á quien soy."  
Volvieron á los aplausos,  
Y á tan tumultuoso son

Asomaron por la sala  
Las gentes del corredor,  
Que aumentaron el desorden  
Preguntando en peloton:  
"¿Qué es aquesto?"  
—Entrad, amigos,  
Don Bustos ronco clamó.  
"Vereis un anacoreta...  
Por la cruz del Redentor,  
Capitan, brindad conmigo.  
A mi venturosa union..."  
Ibañez la inmensa copa  
Levantándose tomó,  
Mostrando en el sombrío gesto  
Mas que contento furor;  
Y afectando complacerse,  
"Brindemos, dijo, baron.  
Mas don Bustos atajándole  
El brindis le interrumpió:  
"A mi embriaguez de esta noche,  
Que me emborracho por dos."  
A estas palabras de Bustos  
De emponzoñada alusion,  
Ibañez soltando el vaso  
Cayó vertiendo el licor.  
"Bravo! ¡sin haber bebido  
El sueño le acogotó!  
Capitan, voto á mi sangre  
Que sois un mal bebedor."  
Seguia Ibañez tendido  
De espaldas en el sillón,  
Cogidos todos sus miembros  
De congajoso temblor.  
Mofáronle los villanos,  
El gesto Bustos frunció,  
Palidecieron las mozas,  
Y en visible turbacion,  
Rosa sobre el blanco pecho  
Pálida la faz dobló.  
Don Bustos rompiendo un vaso  
Alzo iracundo la voz:  
"¿Os pesa, por vida mia,  
Capitan, mi dicha á vos?"  
Alzóse sobre su asiento,  
Y el pueblo entero calló;  
Porque los ojos de Bustos  
Centellaban de furor,  
Temblaba en su escano Rosa,  
Y así decia el baron:  
"Brindad, capitan, conmigo,  
A mi boda, ó vive Dios,  
Que esta noche mis lebreles  
Os desgarran el jubon."  
A tan brusco llamamiento  
Pedro Ibañez requirió  
Poniéndose en pié, su espada,  
Con semblante tan feroz,  
Que oyóse entre las mujeres  
Un ay! sordo de pavor,  
Y á sus espaldas la turba  
Cobarde retrocedió.  
Don Bustos Ramirez, puestos  
Ambos piés en su sillón,

La izquierda sobre la mesa  
Que al recibirle crugió,  
Mirábale de hito en hito;  
Y el áspero ahogado son  
Que le hervía dentro el pecho,  
El borrascoso color  
De sus ojos, la melena,  
Que le cuelga en confusion  
Uniéndose con la barba  
Que le cerca en derredor  
Todo el rostro, le semejan  
A un formidable leon  
Que acecha sobre una roca  
La vida del cazador.  
Pero Ibañez frente á frente,  
Sin muestras de turbacion,  
Fijó en sus ojos los ojos  
Y á la lid se apercebió.  
Pasó un momento angustiado  
En que nadie de los dos  
Con movimiento ó palabra  
La contienda provocó.  
La turba tenía ahogado  
El aliento de terror,  
Y de ambos podia oirse  
El latir del corazon.  
Al fin Don Bustos en hondo  
Gemido, torvo exclamó:  
"Brindad, Hidalgo, á mis bodas,  
U os juro á mi salvacion,  
Que en la escarpia de una almena  
Os ahorco como á un traidor."  
Ibañez á estas palabras,  
Como un tigre veloz,  
Saltando sobre la mesa  
Ligero una copa asíó,  
De un paso salvando el trecho  
Que le aparta del baron.  
"Brindemos, dijo.

— A esta noche,

Bustos repuso, á mi amor,  
— A mi cabeza, Don Bustos,  
Que clavada en un lanzon,  
Os recuerde á todas horas  
Toda una noche de amor.

— ¿Es un insulto?

— Es un brindis.

¿No le aceptais?

— Sí, por Dios!

Bebed, y á que esa cabeza  
Sea la última ilusion  
Que alcancen á ver mis ojos  
De mi féretro en redor.

— Sea!

— Sea!"

Y afirmando

Tan sacrilega intencion,  
Todo el licor se sorbieron  
De un solo trago los dos.

Está la noche serena,  
Melancólica la luna  
Reverbera en la laguna  
Y manso el aire resuena.

Murmura en la parda sombra  
Inquieto el Carrion pasando,  
Con limpios hielos orlando  
Del campo la árida alfombra.

No se alcanza en la ribera  
Ni césped, ni flor, ni espiga,  
Que brote á la sombra amiga  
De alguna encina altanera.

Todo el campo es soledad,  
Silencio y vapor confuso,  
Que en todo el invierno puso  
Viudez y esterilidad.

Vése á lo lejos la sierra  
Como aparicion estraña,  
Que en la escarpada montaña  
La nieve esconde la tierra.

Y entre las breñas se escucha  
La ronca voz del torrente,  
Cuyo anecho raudal rugiente  
Conquistando espacio lucha.

Tal vez del mastin atento  
Resuena el tenaz ladrido,  
Oliendo el lobo escondido  
Que acecha el redil hambriento.

Al pié de la alta colina  
Yace el lugar solitario  
Acogido el vecindario  
Al cerró que le domina.

Sobre él el negro castillo  
De don Bustos se columbra,  
Del astro de paz que alumbraba  
Al resplandor amarillo.

Y aun vomitan sus ventanas  
En confusion infernal,  
Las cantigas que profanas  
Respira la bacanal.

Aun puede oirse por ellas,  
Con el brindis del baron,  
El eco y disorde son  
Del vino y de las querellas.

Viénense allí á dibujar  
Con la luz de las bujías,  
Mil medrosas fantasías  
Espantosas de mirar.

Y los vidrios de colores  
Rádan en la lobreguez  
La movible brillantez  
De fugaces resplandores.

Al pié del áspero muro  
Inmóvil en la sombra está,  
Contemplando las ventanas  
Con desesperado afán,

Torvo el semblante y lloroso  
Sin apenas alentar,  
El triste y burlado Ibañez  
En insufrible ansiedad.

Crispados tiene los puños:  
Desencajada la faz,  
Y el cuerpo todo acosado

De una convulsion mortal:  
Vése en el húmedo ambiente  
Su aliento á veces vagar,  
Como sombras que brotando  
Viven un punto no mas.  
Por los espesos bigotes  
Filtrando el rocío va,  
Y mojándolas, sus ropas  
Azota el aire fagaz.  
Amante desventurado  
Y desdeñado galan,  
Está en su mente midiendo  
La infinita eternidad.  
Porque, ¿qué vida le aguarda,  
Ni qué vida ha de esperar  
Quien no halla en sus negros dias  
Mas que tedio y soledad?  
Tantos sueños de ventura,  
Tanta ilusion celestial,  
Tanta esperanza engañosa  
Perdida en la realidad.  
Tantos afanes por ella,  
Tanto sufrir y lidiar,  
Mirando la luz lejana  
De un mentiroso faul,  
Que fué tan solo el reclamo  
Que anunció un puerto falaz,  
Para mirarle mas cerca  
Engañado zozobrar!  
¿Do están las fragantes flores,  
Las bendiciones do están,  
Con que el amor deliraba  
En la juvenil edad?  
El fué á la sangrienta guerra  
Como valiente, á buscar  
Premio y fortuna de hidalgo,  
De que se sintió capaz.  
Pródigo vertió su sangre  
De su vida sin piedad,  
Por volver ante su Rosa  
Digno de su amor fatal;  
Y ella en tanto deslumbrada  
O acaso liviana asaz,  
En los brazos de otro dueño  
Se dispone á reposar.  
¿Oh! que esas risas confusas  
Que oye á través del cristal  
Desde el infame castillo  
A la atmósfera brotar,  
Le parecen los aullidos  
Con que una turba infernal  
Apláude atroz los tormentos  
Que alambica Satanás!  
Ellos celebrando alegres  
En ruidosa bacanal  
El bien que en despecho eterno,  
Infeliz él llorará.  
Ellos brindis y cantares,  
Y amor y felicidad,  
Y él lágrimas y dolores  
Que nunca se acabarán.  
¿Oh! y cobarde, aunque ofendido,  
Resignado dejará,

Aunque él su ofensa no olvide  
Que la olviden los demas!  
Mas ¿qué escueha el desdichado  
Con esa atencion tenaz,  
Que hácia adelante tendido  
Al borde del foso está?  
Los ojos le brotan fuego,  
Creciendo al aliento va,  
Y atezados los dientes  
Déjanle apenas lugar.  
Calmado el rumor lejano  
De la impura bacanal,  
Oyóse un canto dulcísimo  
En el salon murmurar.  
Era una voz amorosa  
Y de enloquecer capaz  
Al corazon mas hundido  
En torpe incredulidad.  
Del arpa del trovador.  
Al misterioso compas,  
Suená á pedazos, perdido  
En la distancia al cantar.

"Mi vida, Busto, y mi alma  
"No tengo en mi mano yo;  
"No tengo que darte, Busto,  
"Sino cuanto guarda de fé el corazon.  
"Yo te le doy todo entero,  
"Vida y alma vuelva á Dios  
"Cuando le plazca, y tú, Busto,  
"Hasta á mi sepulcro disputa mi amor."

Cesó el cántico, y se oyeron  
Largos aplausos sonar,  
Que estremecieron el aire  
En prolongada espiral.  
Ibañez, como viajero  
Que harto ya de caminar  
Se sienta á buscar reposo  
Donde ha de abrirse un volcan,  
Retrocedió de aquel canto  
Al desgarrador compas,  
Despierto á la voz de Rosa  
Su mal adormido afán.  
"Dale, ya que está en tu mano,  
"Ingrata! ese corazon  
"Dijo, y el alma y la vida  
Que vuelvan torpes á Dios.  
Dásele, que por un soplo  
Con que tornaros carbon  
Toda el alma y media vida,  
A Satanás diera yo."  
Y aqiesto diciendo Ibañez  
En agonía mortal,  
Revolcábase en la arena  
Riziéndose sin piedad.  
Lanzaba del hondo pecho  
Bramido tan gututal,  
Tan feroz, que aun á las fieras  
Alcanzara á medrentar:  
Y dijeran, escuchando,  
El ruido que haciendo está,  
Que luchaba alguna de ellas  
Con otra en la oscuridad.

Rueda entretanto la argentina luna  
Del vago cielo en el espacio azul,  
Sombra dejando y niebla que importuna,  
Mancha y entume su radiante luz.

La escarcha entre los céspedes se cuaja  
Deshaciéndose en gotas de cristal,  
Y cada espino que Aquilon rebaja,  
Perlas por fruto transparentes dá.

En confusa ilusion todo se ostenta  
En la estéril llanura del pais,  
Entre el velo de nieblas que se aumenta  
Cual pabellon colgado del zenit.

Allá en un valle do la niebla impura  
Tarda se posa, el rápido Carrion  
Frágil rodando en soledad murmura  
Con medroso y monótono rumor.

Ya del castillo en el salon se mengua  
La báquica algaraza del festin,  
Torpe tal vez con el licor la lengua,  
Cuyo peso no alcanza á resistir.

Aun se alza entre el murmullo interrumpido  
El brindis tumultuoso del baron,  
Con el cantar de Rosa entretenido  
Y el arpa del errante trovador.

Aun en los vidrios tibia se dibuja  
De alguna sombra la ilusion fugaz,  
Como el conjuro de andrajosa bruja  
El diablo por el sol se ve cruzar.

Mal sosegado Ibañez todavía,  
Lanza celoso en iracunda voz  
Los ayes postrimeros de agonía,  
Con que se estingue su perdido amor.

Dentro del pecho, en ponzoñosa llama  
Sanguinosa, alumbrándole al morir  
Su negra antorcha vigorosa inflama  
La venganza que nace de su fin.

Pásanle por la mente dolorida  
Mil fantasmas de impúdico placer,  
Que embellecen sin fin la agena vida  
La suya desgarrándole á la vez.

La imágen del altivo castellano  
Entre sus sueños por do quiera está.  
Do quier del sueño entre el tumulto vano  
Amor se juran, ósculos se dan.

Do quier en ellos de su ingrata Rosa  
La blanca sombra que le esquivo ve,  
A otra fantasma presentando ansiosa  
Los labios que arden de amorosa sed.

"Maldita! entonces desolado esclama,  
Maldita seas, infernal vision."  
Y el llanto que en su cólera derrama,  
La hoguera apaga del antiguo amor.

"Oh! ¿qué me importa, el infeliz decia,  
Tarda opulencia y mentirosa prez,  
Si la mitad de la existencia mia  
Nunca con ella dividir podré?"

Venga el infierno y por la vida y alma  
Mi venganza me dé, sino mi amor.  
Por ese instante de sangrienta calma  
Lleve el infierno cuanto fué de Dios."

Mas se espesaba cada vez la niebla,  
Menos radiaba en derredor la luz:  
El aura de honda oscuridad se Puebla,  
Nada se ve del firmamento azul.

Cual orla leve de fantasma errante,  
Cual rayo de relámpago fugaz  
Creyó Ibañez que viera por delante  
La sombra de un espíritu pasar.

Era un objeto silencioso y vago,  
Sensible solamente á la vision,  
Como reflejo que sombrío lago  
De un fuego fátuo á la presencia alzó.

Era una sombra que con propia vida  
No necesita luz para nacer,  
Cual nube que en el éter va perdida  
Sin auxilio de plumas ni de piés.

Los ojos no conciben su contorno,  
No reducido á forma aquel vapor,  
Tal vez en él deformidad y adorno,  
Galas lo mismo que defectos son.

No trajo voz ni levantó sonido  
Por el húmedo suelo al resbalar,  
Mas sintió el corazon sino el oido  
Del triste ser la inmediacion fatal.

Tocóse Ibañez la ardorosa frente  
Y la ancha mano se inundó en sudor,  
Razon y ayuda demandó á su amante,  
Y no estaba en su mente su razon.

Tendió la mano á la segura tierra  
El cuerpo que vacila á sostener,  
Y en vez del césped en sus dados cierra  
Aspero hierro que se apricta á él.

En vano abierta la medrosa mano  
Le abandona á su propia gravedad,  
Las palmas hácia sí retira en vano,  
Siempre tras ellas el objeto va.

Asele al fin: le oprime: es una llave.  
¿Quién en aquellos sitios la perdió?  
Un peregrino: un trovador: ¿quién sabe?  
Tal vez del cinto la perdió el baron.

Ibañez la guardó. Siniestro y lento  
Era su paso y tardo al caminar;  
Parecia que el solo pensamiento  
Empujaba á la muerta voluntad.

El tenia un secreto repentino  
Que jamás hasta entonces comprendió,  
Solo en la mente le abortó el destino,  
No lo supo jamás el corazon.

Ibañez ni se acuerda ni lo sabe,  
Que con su mente su intencion no va;  
Solo percibe que al llevar la llave  
Crece en el pecho vengativo afan.

Ni piensa, ni resiste, ni consiente,  
Ignora acaso su intencion cuál es,  
Mas ni duda á la par ni se arrepiente  
De lo que llegue á consentir ni hacer.

En un pilar que sobre el foso oscuro  
En una grieta de la peña está,  
Metió la llave, y recediendo el muro,  
Postigo oculto le convida á entrar.

Hundióse Ibañez por el muro hendido  
Silencioso, sombrío, audaz, traidor,  
Como un remordimiento mal dormido  
Entra en el descaído corazon.

Quedóse en soledad el campo mudo,  
Y entre la lobreguez tornóse á oír  
La voz del Aquilon, salvaje y rudo,  
Y el murmullo apagado del festin.

Quien mira á Pedro Ibañez  
Ir caminando á deshora  
Por las cuevas del castillo  
Al resplandor de una antorcha:  
Erizados los cabellos,  
La faz amenazadora,  
Los pasos desatentados,  
Creyérale alguna sombra  
Que alzando de su sepulcro  
La fria y maciza losa,  
De Dios á los vivos trae  
Sentencia esterminadora.  
Sus lentos pasos retumban  
Por las olvidadas bóvedas,  
Y de una en otra perdidas  
Cual gemidos se prolongan:  
En las grietas de las piedras  
Las arañas hiladoras,  
Al resplandor de la luz  
Los negros cuerpos asoman,  
Y á la inflecion de la llama  
Que vacilante y dudosa  
Reverbera por los muros  
Que viste tiniebla lóbrega,  
Fantasmas de luz se pintan,  
Cuya aparicion diabólica  
En el punto que se muestra  
Vuelve á perderse en la sombra.  
En cada rincon oscuro  
En que la vista se posa,  
Parece que amedrentadas  
Quimeras le desalojan,

A cada puerta ó esquina  
Que se pasa ó que se dobla,  
Parece que allá á lo lejos  
Vuelan en fúnebre tropa:  
Todas las manchas y bultos  
Rostro y movimiento toman,  
Y ya miran, ya amenazan,  
Ya rien, temen ó mofan.  
Visiones descoloridas  
Que el alma crédula aborta  
En la niñez, halagada  
Con fábulas mentirosas,  
A pasos lentos Ibañez  
Caminando incierto, topa  
Ancho salon embutido  
De madera hasta la bóveda,  
Allí de pez y de plomo  
Y materias resinosas,  
Inmenso almacén juntaron,  
Que para defensa propia  
En tiempos tan turbulentos  
Precaucion ninguna sobra.  
Como obedeciendo Ibañez  
A oculta causa imperiosa,  
O de antiguo pensamiento  
A la fuerza tentadora,  
Debajo los combustibles  
Metió resuelto la antorcha:  
Brotó la seca madera  
Espesa, turbia y sonora  
Nube de volátil humo  
Con que el fuego se corona,  
Cerrando entonces la puerta,  
Ibañez á tientas toma  
La ruta por donde vino  
Hasta una escalera rota.  
Y en lucha áspera y difícil,  
Asaltando una tras otra,  
Llegó á la torre en que Bustos,  
Señor del castillo, mora.  
Era una torre capaz,  
Circundada á la redonda  
De un terrado que rematan  
Las almenas protectoras,  
A su amparo, y defendidas  
De exterior ofensa, toman  
La luz dos anchas ventanas  
Que rejas robustas orlan.  
Corrió Ibañez á una puerta  
Una barra ponderosa  
Que impide abrirla por dentro,  
Y la faz pálida y torva,  
Asiéndose de una reja,  
Por una ventana asoma.

Ya libres de las miradas  
De la multitud curiosa,  
Que grosera ó imprudente  
Hasta cuando aplaude estorba,  
En delicioso retiro  
Rosa y don Bustos á solas  
De sus amores platican  
En su cámara ostentosa.

Ella parece cual nunca  
Halagüena y seductora,  
Suelto el cabello y los lazos,  
Aliviada de las joyas.  
El en sus brazos la aduerme  
En ilusion amorosa.  
Mas que nunca embebecido  
En las gracias que la adornan,  
Ella en silencio le mira,  
Y las lágrimas le borra  
Que de amor y de esperanza  
De los párpados le brotan.  
El los labios encendidos,  
La mirada borrascosa  
Que aun turba el licor ardiente  
Cuyos vapores le embotan;  
Y ella con ósculos tiernos,  
Templando la abrasadora  
Sed de sus labios, le besa  
Entre osada y ruborosa.  
Una cortina de seda  
Que entera cubre la alcoba,  
Vela á los profanos ojos  
La escena voluptuosa:  
Aunque la luz de una lámpara  
Cuando olvidada, traidora,  
Trémula dibuja en ella  
Si no los gestos, las sombras.  
Si los ojos de un celoso,  
Cuando las dudas le acosan,  
Pudieran salvar los muros  
En las alas de su cólera,  
Bien pudieran los de Ibañez  
Hacer girones ahora  
La impertinente cortina  
En donde atento los posa.  
Dos barras de la ancha reja  
Ase, que casi las dobla,  
Y los ojos de serpiente  
Se le saltan de las órbitas.  
Sin perder línea ni pliegue  
De la tela tembladora,  
Sigue el movimiento fácil  
De las proyectadas sombras.  
Y agenos de aquel testigo  
Bustos Ramirez y Rosa  
Sus amorosas caricias  
En la soledad redoblan.  
Crugian los blandos besos  
En la morada recóndita,  
Y afuera del triste Ibañez  
Las aspiraciones roneas.  
A cada amante palabra  
Que en el aposento brota,  
Responde en la oculta reja  
Una blasfemia espantosa.  
Y entre tanto que uno sufre,  
Y libres los otros gozan,  
Doblar se oyó la campana  
Que á fuego y rebato toca.  
Interrúmpese el placer  
Y el sufrimiento se corta,  
Y el que antes gozaba sufre,

Y el que antes sufría goza.  
Al ronco empuje del cierzo  
Que con dobles alas sopla,  
Crece el incendio y revientan  
Las llamas devastadoras.  
Caen las techumbres de cedro,  
Las almenas se desploman,  
Estremécense las torres,  
Y se derrumban las bévedas.  
Cada sala es una hoguera  
Cada ventana una boca  
Que humo y resplandor vomita  
Y brama en tormenta sorda.  
En vano piden de dentro  
Que en su angustia les socorran,  
En vano aterrados gritan,  
Gimen, blasfeman, ú oran.  
Sordos están cielo y tierra;  
Denso el humo les ahoga,  
Y con el son del incendio  
Sus lamentos se sofocan.  
De aquella terrible hoguera  
A la trémula luz roja,  
Se ve de los campesinos  
La turba triste y medrosa,  
Como viajeros curiosos  
Que contemplando se asombran  
Una erupcion del volcan  
Que fuego y peñascos brota:  
Y allá del Carrion humilde  
A la margen de las ondas,  
Ibañez tambien lo mira  
Con indiferencia torva.  
Apoyado está en un tronco,  
Asida una mano á otra,  
Y en una almena los ojos  
Que ruina amenaza pronta.  
Al fin de afanosa lucha  
Desesperada y dudosa,  
Cayó en el foso la almena;  
Y tras de la piedra rota  
Quedó una ventana, en donde,  
Como ilusion dolorosa,  
Los brazos al cielo tienden  
Por la reja dos personas.  
No se sienten sus lamentos,  
Ni se alcanzan de su forma  
Mas que la espresion horrible  
De su profunda congoja.  
Llamas voraces les cercan  
En irresistible tropa,  
De cuya rabia es inútil  
Implorar misericordia.  
La inmensa torre rodean,  
Puertas y muros devoran,  
Y ¿cómo esperar perdon  
De quien ni piedras perdona?  
Una llamarada inmensa  
La cerró en sus pliegues toda,  
Ya se borró para siempre  
La aparicion congojosa.

Dejó la ribera Ibañez,  
Y al despuntar de la aurora  
A todo escape en un potro  
Valle y castillo abandona.

Del espléndido palacio  
Que ocupa en Valladolid  
El rey don Juan el segundo,  
Ya de su reinado al fin,  
Están recordando alegres  
Su antigua amistad pueril  
Dos bizarros cortesanos  
En oculto camarín.  
Y en el continuo abrazarse  
Y en el continuo reir,  
Se ve que en hallarse tienen  
Satisfaccion infantil;  
Y que cada cual se goza  
La agena historia en oír,  
Como en recordar la suya  
Tal vez triste para sí.  
Están en el propio punto  
En que de entrambas al fin  
Tornan á identificarse  
Y su gozo á repetir.

DON RODRIGO.  
¿Con que ¡voto á Belcebú!  
Aquel antiguo soldado  
Que tanto lidió á mi lado  
Por mejor causa eres tú?

IBAÑEZ.  
Yo mismo sin duda alguna:  
Aquel Ibañez soy yo.

DON RODRIGO.  
Mucho á entrambos acudió  
Compassiva la fortuna.

IBAÑEZ.  
Compáranla á una veleta  
Por tan inconstante ser.

DON RODRIGO.  
Dejara de ser mujer  
Fortuna á no ser inquieta.  
Mas otro abrazo me da,  
Que aun dudo si estoy soñando.

IBAÑEZ.  
Abrazos te iré yo dando  
Si esto te despertará.

DON RODRIGO.  
Mas, por Dios, que rico te hallo,  
Ibañez, y á lo que veo  
No ayudó mal tu deseo  
Tu lanza con tu caballo;  
Pues si no me acuerdo mal  
Era tu única riqueza.

IBAÑEZ.  
Espatrióse mi pobreza  
Merced al favor real.

Dijeron de mi valor  
No sé qué, y conde me bicieron.

DON RODRIGO.  
Bien con tu valor cumplieron.

IBAÑEZ.  
No sino con mi favor.  
Debióme la vida el rey  
En Navarra, y no fué mas.

DON RODRIGO.  
Oh! pues voto á Barrabás  
Que fueron hombres de ley.  
Y ¿qué hacen viéndote rico  
Esos parientes hambrientos?

IBAÑEZ.  
Don Pedro llaman atentos  
A quien llamaban Perico.  
Yo les dispense el cumplido  
Y les abrazo cortés.  
Pídenme, niego, y despues  
Se van por donde han venido.  
Pero á tí, por vida mia,  
Que tampoco mal te fué.

DON RODRIGO.  
Tanto, Ibañez, porfié  
Que salí con mi porfia.  
No me tocó como á tí  
Condado, ni valimiento;  
Pero en oro puro cuento  
Cuanto basta para mí.

IBAÑEZ.  
Y á bien que si la memoria  
De tu ambicion no me engaña  
No te basta toda España.

DON RODRIGO.  
Aquí paz y despues gloria.  
Poseo lo que me basta  
Para tener envidiosos,  
Amigos menesterosos  
Y una numerosa casta.  
Aturdido me dejaron  
A mi vuelta tales gentes;  
No sé cuando mis parientes  
Así se multiplicaron.

IBAÑEZ.  
¿Y consiguen de su afan?...

DON RODRIGO.  
Lo que los tuyos de tí:  
Pídenme, niego, y así  
Por donde vienen se van.

IBAÑEZ.  
Justo! Así, beso por beso  
Y puñada por puñada.

DON RODRIGO.  
Cual ella me fué obligada  
Por mi gente me intereso.